

Théophile Gautier

VIAJE POR ESPAÑA



VIAJE POR ESPAÑA

un rubio de gamba compusieron una cena que tuvimos que defender de las familiaridades agresivas de los lebreles, los cuales, fingiendo lamernos, nos arrancaban el bocado de la boca. Tuvimos que levantarnos y comer de pie con el plato en la mano, porque aquellos demonios de perros se ponían sobre las patas traseras y nos echaban las delanteras a los hombros, encontrándose así a la altura del trozo deseado. Si no lo atrapaban, lo podían alcanzar con dos o tres lametones, con los que se llevaban las primicias del manjar. Aquellos animales debían descender en línea recta del famoso perro cuya historia nos describió Cervantes. Aquel ilustre can ejercía en una posada, española el empleo de fregona, y en cuanto a la criada se le decía que los platos no estaban limpios, ella juraba y perjuraba que habían sido lavados por Siete Aguas. Siete Aguas era el nombre del perro, que se había ganado este hermoso mote porque lamía los platos tan a conciencia, que parecía que los habían lavado con agua siete veces. Los lebreles del cortijo eran indudablemente de la misma raza. El guía que nos condujo después hasta Écija, era un muchacho muy conocedor del camino. Llegamos a la ciudad a las diez de la mañana.



La entrada en Écija es pintoresca: se penetra por un puente, al final del cual existe una puerta en arco, como si fuese de triunfo. Este puente

atraviesa un río, que no es otro que el Genil de Granada, obstruido aquí y allá por ruinas y presas para los molinos. Después de cruzar el puente se llega a una plaza con árboles, en la que se alzan dos monumentos de estilo barroco. Uno de ellos es una estatua de granito, con dorados, colocada sobre una columna, cuyo pedestal forma una especie de capilla rodeada de tiestos con flores artificiales, exvotos, coronas de juncos y todos los chirimbolos de la devoción meridional. El otro es un San Cristóbal de gran tamaño, de metal dorado, con la mano apoyada en una palmera que lleva al hombro los músculos del Santo presentan extraños escorzos, con el brazo contraído de tal manera, que parece realizar un esfuerzo como para levantar una casa. Sostiene un Niño Jesús pequeñito, que parece una monada.

Este coloso, atribuido al escultor florentino Terregiani, aquel que dio un puñetazo en la nariz a Miguel Ángel, se asienta sobre una columna salomónica de piedra color rosa; cuya espiral termina en volutas y florones extravagantes.

Écija está fuera del itinerario de los turistas, y por tanto es poco conocida. Sin embargo, resulta una ciudad interesante, de singular fisonomía y gracia. Los campanarios no son bizantinos, ni góticos, ni renacentistas, parecen más bien chinos o japoneses; se les podría tomar por torrecillas de algún miao dedicado a Confucio, Buda o Jo, pues están revestidos de azulejos de colores muy encendidos, cubiertos con tejas verdes y blancas, lo que presenta muy extraño aspecto, La arquitectura de este pueblo en general es quimérica, y la afición a las curvas y retorcidos, exagerada. Todo son molduras, incrustaciones, mármoles de color, guirnaldas de flores, querubines gordinflones, iniciales de amor; todo ello pintarrajeado de un mal gusto excelso, pero de gran riqueza.

La nobleza vive en la calle de los Caballeros, donde están los mejores hoteles. Cuesta trabajo creer que se está en una calle cuyas casas habitan seres humanos. Ni los balcones ni las rejas, ni los capiteles, ni los aleros son derechos; todo se curva, se retuerce, se estira, se abre de pronto en volutas, en floripondios o en adornos de cualquier clase. No hay una pulgada de superficie que no tenga un calado o festón, que no ostente su moldura o su pintura policrómica. Todo lo que el rococó tiene de más desordenado, laberíntico y excesivo; es decir, todo eso que el buen gusto francés ha sabido dedicar en sus peores épocas, se encuentra aquí. Un

VIAJE POR ESPAÑA

estilo semejante entre holandés, chino y pompadour sorprende y divierte en una ciudad de Andalucía.

Las casas están en general encaladas; deslumbran por lo blanco, destacando de una manera maravillosa sobre el azul del cielo. Esto nos hace pensar constantemente en África, con sus azoteas, sus ventanitas y sus miradores, idea a la que contribuye un calor de 37 grados Reaumur, temperatura habitual en esta ciudad cuando el verano es fresco. Écija se llama la sartén de Andalucía, y por cierto que nunca se ha puesto un apodo más merecido: situada en una hondonada, hállase rodeada de colinas arenosas, que la preservan del viento y concentran en ella los rayos del sol por una combinación de espejos concéntricos. Allí se vive verdaderamente frito. Nosotros lo estábamos; pero ello no nos impidió recorrer el pueblo valerosamente en todos los sentidos mientras llegaba la hora del almuerzo. La Plaza Mayor es muy original, con sus casas de columnas, sus series de ventanas, sus arcos, y sus balcones volados.

Aunque nuestro parador era muy poco confortable, nos sirvieron una comida casi humana, que saboreamos glotonamente después de haber padecido tanto tiempo el suplicio de la privación. Después de comer nos echamos una larga siesta en una habitación muy grande, cerrada y oscura. El sueño nos repuso, y a eso de las tres pudimos montar, de nuevo en la galera para seguir el camino. Ya teníamos un aspecto sereno y completamente resignado.

El camino de Écija a La Carlota, donde habíamos de dormir, cruza por un paisaje nada interesante, casi desértico y polvoriento, que no dejóla menor huella en nuestra retina. De cuando en cuando se veían olivares, algunas encinas y piteras de esas que lucen siempre sus ojos azulados. En nuestra galera llevábamos algunos animales, sin contar los niños del ingeniero; entre aquéllos, un perro, también del ingeniero, pero que de pronto se lanzaba del coche para levantar algunas perdices, de las cuales cobró dos mi compañero de viaje. Este fue el único incidente notable de aquella jornada. La Carlota, donde nos detuvimos para pasar la noche, es una aldea sin la menor importancia. El mesón se halla instalado en un antiguo convento, que primero fue cuartel, como ocurre casi siempre en tiempos revolucionarios, ya que los menesteres militares son los que más se acomodan en los edificios que se construyeron con destino a la vida monacal. La galería de nuestra posada estaba formada por largos claustros